

de la Segunda República; en nada difieren de los llevados a cabo por los tradicionales devotos al Sagrado Corazón.

Salvado este pequeño escollo, ponderaremos, ahora, los logros de esta monografía. Consideramos que nos encontramos ante un trabajo que nos permite conocer, apoyados en un aparato documental de primera mano y de la máxima importancia, algunas de las transformaciones que se van produciendo en la espiritualidad de la España del primer tercio del siglo xx. El relativo éxito inicial del AM y su pronta y para siempre desaparición se debieron a las mismas causas, al sobrenaturalismo espiritual del que estaba impregnada la experiencia religiosa de los españoles de las clases medias. Se daba excesiva importancia a todo lo que tuviese un supuesto origen sobrenatural, a todo lo que sonase a revelaciones y a todo lo que pudiera ser nuevo dentro de la tradición. Se exageraba todo lo referente a imágenes concretas, cultos públicos, visitas domiciliarias. Resultaba muy fácil incrementar tanto a nivel particular como colectivo la nómina de nuevas prácticas y devociones religiosas. Sin embargo, España y los españoles, no estaban «suficientemente preparados para valorar, en toda su profundidad, el mensaje de renovación espiritual y de llamada a la santidad que la Obra del AM difundió. Su propuesta de vida espiritual trascendía lo puramente devocional para incidir en lo más profundo del comportamiento moral, proponiendo como modelo de vida cristiana una completa identificación con Jesucristo. La oración de la Ofrenda respondía a este planteamiento» (314). Algo que, en nuestra opinión, también se perseguía con la tradicional devoción del SC.

Amén de algo ya sabido, la importancia de las órdenes religiosas en la animación religiosa de la vida cristiana; en este tiempo fue cuando los laicos y la mujer comenzaron a tener el protagonismo del que hasta entonces habían carecido. El laicado femenino, mostró un gran espíritu de iniciativa y fue el nexo entre las diferentes congregaciones religiosas y sus respectivas espiritualidades. Otra novedad del catolicismo del primer tercio del siglo xx, será la atención que los nuevos actores prestaron a todo lo organizativo; trataban de conjugar el mantenimiento y perfeccionamiento del carisma con la mayor actividad posible; eso sí, sin caer en el tan criticado activismo.

Para terminar, la lectura de esta obra nos ha permitido percibir, verdadero objetivo de este trabajo, que algo está cambiando en la historiografía religiosa española actual. No todo vale a la hora de interpretar las devociones de nuestros antepasados. Sus prácticas devocionales fueron más religiosas que políticas; su amor a Cristo más fruto de un verdadero sentimiento religioso que una apuesta por el orden, la tradición y la estabilidad política; su respuesta ante las provocaciones políticas fue más constructiva que reaccionaria y su vinculación con los religiosos y sacerdotes seculares fue mucho más familiar, cercana y amistosa que competitiva y excluyente.—ALFREDO VERDOY.

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE, *Pío XI entre la República y Franco. Angustia del Papa ante la tragedia española* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2008), 752p., ISBN: 978-84-7914-928-4.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado español durante los años treinta del siglo pasado constituyen uno de los temas más apasionantes de nuestra Histo-

ria reciente y, al mismo tiempo, uno de los más polémicos. En ese sentido, nos encontramos ante un momento historiográficamente muy relevante, en la medida en que ahora contamos con toda la documentación fundamental sobre este tema: por un lado, la perteneciente al Estado español; por otro, la concerniente a la postura tomada por la jerarquía católica de nuestro país (utilizando, como referencia, el archivo personal de Francesc Vidal y Barraquer, máxima figura de la institución durante aquellos años, y el archivo también personal del Cardenal Gomá, su gran antagonista); y, por último, la de la visión y actuación en todo este proceso por parte de la Santa Sede, ya fuera la Secretaría de Estado, ya fuera la Nunciatura en Madrid. Es precisamente esta última documentación el objeto central del libro que ahora se presenta, y que ha sido dado a conocer por un sacerdote que lleva muchos años trabajando la documentación romana, el valenciano Vicente Cárcel Ortí.

Hay que señalar, lo primero de todo, que nos encontramos esencialmente, más que ante un libro de Historia de la Iglesia, ante un instrumento de trabajo imprescindible. Y decimos que es imprescindible porque nos sirve para conocer con un grado de exactitud muy importante cuál fue la posición de la Santa Sede durante aquellos trágicos años. De ahí que el autor haya acertado plenamente al nombrar al Papa de aquel momento (Achille Ratti, conocido como Pío XI) en el título que encabeza la obra, pues el pontífice es el elemento central del conjunto del libro. Desde esa perspectiva, Cárcel Ortí recuerda que esta investigación no puede ser separada del contexto internacional: en concreto, los totalitarismos encarnados tanto por la Alemania nazi y la Italia fascista, como por la Unión Soviética de Stalin. Y se atreve a realizar una afirmación antes de entrar en materia: el libro no deja en buen lugar ni a la II República ni al franquismo, aunque ello suponga poner en tela de juicio lo dicho por obras anteriores.

En ese sentido, Cárcel Ortí considera que lo que la documentación pone de manifiesto es, por un lado, la abierta oposición de Pío XI a romper con la República; y, por otro, sus más fundadas reservas a reconocer de manera oficial al Régimen de Franco, a quien no perdonaba fácilmente sus evidentes devaneos con el nacionalsocialismo y con el fascismo. En relación con ello, este historiador de la Iglesia considera que esta obra constituye una excelente ocasión para confirmar algo que ya se sabía por otras fuentes, y era la gran aversión que el Papa sentía por Hitler y el paganismo alemán que éste representaba y patrocinaba. Por otra parte, Cárcel Ortí afirma que la documentación acaba con toda sombra de sospecha sobre un supuesto pontífice «viejo» y «falto de reflejos»: antes al contrario, el libro muestra a un Papa Ratti plenamente lúcido y consciente de sus actuaciones; con gran determinación a la hora de tomar decisiones; siempre en contacto con la realidad que le rodeaba; y manifestando, al mismo tiempo, un mayor pragmatismo que los cardenales y los nuncios.

Cárcel Ortí considera que el libro también resulta de interés para conocer la relación entre Pío XI y quien a la sazón acabaría siendo su sucesor, el entonces Secretario de Estado Eugenio Pacelli y futuro Pío XII. A su juicio, entre ambos se estableció una relación de complementariedad que hizo posible que las intemperancias de uno (Pío XI) fueran apagadas y resueltas de manera diplomática por el otro (Eugenio Pacelli), al tiempo que las incertidumbres de éste se convirtieron en decididas posiciones gracias a la fuerza y carácter de aquél. En ese sentido, resulta claro que Pacelli era un hombre abiertamente partidario de agotar la vía diplomática, mientras que Pío XI no

tenía problemas en romper bruscamente cualquier negociación si la situación así lo requería.

Sin embargo, el Papa Ratti y su entonces Secretario de Estado no son los únicos protagonistas de este libro. También lo son, por ejemplo, el Nuncio en España Federico Tedeschini, así como sus sucesores Ildebrando Antoniutti y Gaetano Cicognani. A través de todos ellos se pone de manifiesto la profunda complejidad de la tragedia que hubo de vivir España durante aquellos años, y muy en particular el desconcierto de los primeros meses de la Guerra Civil: las autoridades republicanas, por un lado, permitiendo las ejecuciones en masa de sacerdotes y religiosos, así como la quema de templos; los «nacionales», por otro, ordenando la ejecución de catorce sacerdotes en la que, a la hora de dictar sentencia sobre su caso, pesó más su hondo nacionalismo vasco que su condición de sacerdotes.

Es precisamente esta complejidad la que Cárcel Ortí considera necesario desenrañar. De hecho, acusa abiertamente a los especialistas en el tema, de haberse dejado llevar fácilmente por extremismos, asegurando que les ha faltado «serenidad» y «quizá algo de humildad» para reconocer «que quizá las cosas no fueron como ellos las piensan o las entienden». Estamos de acuerdo con él en que los historiadores deben ser ajenos a cualquier tipo de disputa ideológica; no obstante, también en algunas ocasiones se advierte —y ello sin dejar de reconocer la gran capacidad de trabajo del autor— una cierta ausencia de crítica hacia las posiciones eclesiásticas o de sectores eclesiales; de ahí que se agradezca el tono conciliador con el que finaliza su presentación. En el caso de este libro, más allá de una velada crítica hacia el Cardenal Vidal i Barraquer (de quien afirma que, aunque era «considerado de tendencias abiertas», poseía un pensamiento «en realidad tan conservador como el cardenal Segura»), pocas críticas existen hacia los católicos. Estamos de acuerdo con él en que las autoridades republicanas manifestaron prácticamente desde el primer momento una actitud decididamente anticlerical, pero también se podría añadir que la poca prudencia de un cardenal (Pedro Segura) contribuyó a desatar las hostilidades y que, además, a partir de la aprobación de la Constitución de 1931, y más aún según fueron pasando los años y se vio que la república no era capaz de transformar España de manera pacífica, hubo un importante número de católicos que se fueron posicionando contra el sistema. La II República fracasó por los radicalismos y sectarismos de una izquierda mucho más dividida de lo que la historiografía vinculada a un determinado signo ha querido presentar, pero es igualmente cierto que la Iglesia poco hizo por hacer triunfar la experiencia republicana. En ese sentido, se podría decir que se sentía al margen de un sistema que había proclamado una radical separación Iglesia-Estado que apenas tenía en cuenta la tradición cristiana; sin embargo, ello no le exime de reconocer que su colaboración para que la República se consolidara fue la estrictamente necesaria, y que en algunos casos fue incluso contraria a ésta.

Desde esa perspectiva, lo que la documentación pone de manifiesto son las extraordinarias dificultades que tuvo que afrontar el Papa Ratti como cabeza visible de la Iglesia universal. Deseaba normalizar las relaciones con la II República, pero no podía hacerlo sin que antes fueran reparados los daños cometidos a la Iglesia, daños que difícilmente podían resolverse, pues afectaban a la principal norma del Estado (la Constitución de 1931). La República, por su parte, al menos durante el llamado bienio *radical-cedista*, intentó acercarse a Roma, pero sin la determinación suficiente,

poniendo de manifiesto que el interés de las autoridades republicanas por llegar a un acuerdo con Roma era ciertamente limitado. Influyó mucho, en ese sentido, la convicción por parte de un sector de la izquierda de que la Iglesia era parte del problema que afectaba a España: era un obstáculo para el progreso, y, como tal, debía combatirse. De ahí que la documentación que aporte Cárcel Ortí nos muestre a un Gobierno poco dispuesto a colaborar con la Iglesia, ya sea en cuestiones fundamentales o en los detalles más nimios.

En el centro de todo ello se situaba, como decimos, la Santa Sede, y muy en particular el Papa Pío XI, de quien Cárcel Ortí proporciona una visión sumamente elogiosa. A su juicio, el pontífice mantuvo una actitud marcada por la neutralidad y por una férrea voluntad. Destaca, así, su negativa, por un lado, a excomulgar al Presidente Alcalá Zamora y al Ministro de la Gobernación Miguel Maura, excomuniones que habían sido solicitadas por el rey exiliado Alfonso XIII; y, por otro, su negativa a mantener relaciones de especial cordialidad con las autoridades republicanas hasta que no se restituyeran los bienes y derechos de la Iglesia. No firmó ningún acuerdo concordatario con la república, pero tampoco rompió relaciones con ésta, aceptando, de hecho, al Embajador Zulueta en 1936 (embajador que, por cierto, había sido rechazado en 1931 por su perfil abiertamente laicista). Permitió que el Cardenal Gomá promoviera la *Carta Colectiva* de 1 de julio de 1937, pero se negó a reconocer el régimen franquista. Defendió a los catorce sacerdotes nacionalistas vascos que acabarían siendo fusilados por los «nacionales», y también hizo llegar a Franco y sus colaboradores su más dura condena por la brutal represión llevada a cabo en Málaga tras la toma de la ciudad por los «nacionales», aunque se negó a tomar medidas contra éstos a pesar de las presiones de las principales potencias de la Europa occidental (con la excepción, lógica, de Alemania e Italia). Y, lo más importante, llevó a cabo numerosos intentos de mediación para acabar con la Guerra Civil española, intentos que fracasaron por la firme actitud de los «nacionales» de derrotar a los republicanos en el campo de batalla.

Desde esa perspectiva, hay elementos que el libro de Cárcel Ortí refleja pero que ya conocíamos a través de otras fuentes, como que Pío XI había reconocido de manera «inmediata» a la República cuando ésta fue proclamada, o las dificultades tan importantes que provocaron las expulsiones del Cardenal Segura y del Obispo Múgica. También sabíamos a través de varios libros, como el de Antonio Marquina (*La diplomacia vaticana y la España de Franco, 1936-1945*), el de Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano (*El catolicismo mundial y la guerra de España*), y el de Hilari Ragner (*La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española*), los constantes «tira y afloja» en las negociaciones entre la España «nacional» y la Santa Sede, con un Pío XII que nunca terminó de fiarse de las bondades del franquismo y que, por ello, se negó a conceder el reconocimiento diplomático total a éste.

En ese sentido, quizá lo más interesante de la obra de Cárcel Ortí, y que podemos conocer a través del apéndice documental (compuesto por casi un centenar de documentos), es que las relaciones entre la II República y la Santa Sede fueron complejas no sólo durante los años del bienio *social-azañista* o del *Frente Popular*, sino también durante los tiempos del bienio *radical-cedista*, a pesar de que durante aquel tiempo estuviera en el poder un partido confesional como era la CEDA. Así, la persecución religiosa entendida como asesinatos fue un hecho aislado durante los poco más de

cinco años que duró la II República; sin embargo, las manifestaciones de anticlericalismo (los incendios de iglesias quizá sea el episodio más conocido, pero no el único) fueron una constante en la idea, ya mencionada, de que para que España entrara en una cada vez más acuciante etapa de progreso, debía eliminar el estorbo que supuestamente suponía la Iglesia Católica.

En definitiva, nos encontramos, como ya hemos dicho al inicio de esta recensión, ante un extraordinario instrumento de trabajo, que, si bien no supone reescribir la Historia de la Iglesia en España durante estos años, sí permite llenarlo de matices nuevos y en ocasiones muy relevantes que no vienen sino a enriquecer lo ya conocido sobre el tema. Por ello, con la clarificación de la postura tomada por la Santa Sede y, en particular, por el Papa Pío XI, pasamos a situarnos en una posición de privilegiado conocimiento de una etapa tan compleja como trágica de nuestra Historia reciente.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CAGIGAS OCEJO, YOLANDA, *La revista Vida Nueva (1967-1976). Un proyecto de renovación en tiempos de crisis* (EUNSA, Pamplona 2007), 378p., ISBN: 978-84-313-2450-6.

La obra que hoy se nos presenta aborda un tema poco habitual en las tesis doctorales, como es el de las publicaciones vinculadas al mundo católico. Sin embargo, Yolanda Cagigas, en la actualidad Directora del Archivo de la Universidad de Navarra, ha querido abordarlo en un momento especialmente oportuno: cuando se cumple medio siglo desde la fundación de la revista *Vida Nueva*. Perteneciente a la Compañía de María (Marianistas), esta publicación constituye desde prácticamente su creación uno de los grandes elementos de referencia para aquellos que desean seguir la actualidad de la Iglesia Católica tanto universal como española. En ese sentido, la revista ha llegado al inicio de siglo en un buen momento, afectada como todo lo católico por el fenómeno secularizador, pero llena de vitalidad.

Así, la investigación de Yolanda Cagigas se centra en un momento tan concreto como crucial para la Historia de la Iglesia en España: los años 1967-1976, es decir, la década que transcurre entre la recepción del Concilio Vaticano II y los inicios de la Transición a la democracia. Sin embargo, la autora no se guía por estos hitos fundamentales, sino por otros, ya que ésta fue la etapa en que José Luis Martín Descalzo asumió la dirección de la revista (prácticamente, pues hasta noviembre de 1968 el Director había sido José María Pérez Lozano) y le dio un impulso de gran relevancia. Martín Descalzo era en aquel momento, si no el más, sí uno de los más influyentes periodistas del mundo católico. Sus crónicas sobre el Concilio, recogidas en cuatro voluminosos tomos de una obra sobre el magno evento eclesial que fueron publicadas entre 1963 y 1966, habían alcanzado gran resonancia, y, por ello, su nombramiento estaba cargado de intención. En realidad, la intención era doble: no sólo había que dar un impulso a la publicación, sino también ponerla al servicio de la renovación de la Iglesia siguiendo el camino que marcaban los diferentes decretos, constituciones y documentos del Concilio que acababa de finalizar. Es precisamente esta última cuestión alrededor de la cual girará la tesis central de Yolanda Cagigas: *Vida Nueva* no fue